

pasado una temporada retirado en Chaillot, aquél regresó, decidido á resistir todas las tentaciones y á guardar la fidelidad que para sí reclamaba. Y lo cumplió, que es lo más curioso.

En esto pasó á mejor vida la mujer de Bolingbroke, al cual, no obstante ser devota, había dado aquélla grandes disgustos. Desde entonces entrambos amantes obraron con entera libertad, si es que antes guardaban ciertos respetos, y más de dos afirman que se casaron á cencerros tapados. Y es singular que no hiciesen público su matrimonio, pues supongo que nadie se lo impedía. Según parece, aquella boda celebróse en realidad más adelante. Lo que sí es cierto, es que la marquesa ostentó el apellido del lor, y que todos la llamaban lady Bolingbroke, aun en Inglaterra, excepto en la corte, según dicen, donde no pudo ser admitida como tal.

De nuevo fué solicitado Bolingbroke para que volviese á defender la causa del pretendiente, á propósito de un plan más bien concebido que los anteriores, y para la ejecución del cual creyeron los solicitantes serles necesarios los consejos de aquél. El rey le escribió personalmente, y no bastando su carta, le envió su confidente íntimo, con otra epístola tan patética como amable y cariñosa, en la que hacía una nueva llamada á su fidelidad á la reina Ana, y recordaba las últimas palabras de su bienhechora: «Ahl, mi querida hermano, ¿qué va á ser de ti?»

Bolingbroke se dejó mover en parte, quiero decir que exigió la mayor reserva durante algún tiempo, y prometió dar su parecer siempre que fuese necesario; pero se negó á declararse abiertamente, temeroso de un nuevo sofión que le perdería sin remedio, y para no ser útil á nadie.

Lor Stair, entonces embajador de Inglaterra en París, había, entretanto, obtenido del regente la pro-

mesa de hacer detener al rey Jacobo, si éste se trasladaba á Francia, como todos presumían, pues el proyecto ya se había hecho público. Bolingbroke hubiera querido impedir á toda costa al monarca fugitivo pasar adelante; pero no sabía dónde reunirse, pues se hallaba ya en camino. Milor se sosegó un poco, dándose á entender que el regente no era hombre para entregar á Jacobo III; fió en su destreza y generosidad, y, sin embargo, aguardó con la más viva inquietud el resultado de la orden dada públicamente al señor de Contades, mayor de los guardias, de que inmediatamente saliese para Chateau-Thierry, y arrestase al último de los Estuardos, á su paso por aquella población.

¡Y sin embargo los dos eran nietos de Enrique IV!

### XXXIII

El señor de Contades se las compuso de modo, que al entrar él en Chateau-Thierry por una puerta, el pretendiente salía por la otra. Ya sabía el regente lo que hacía al enviar á Chateau-Thierry á Contades; por manera que el príncipe pasó, llegó á la casita que Lauzún poseía en Chaillot, vió á la reina, su madre, á muchos de sus partidarios, y, con el mayor sigilo, á Bolingbroke, el cual quedó profundamente impresionado de aquella entrevista. Bolingbroke no ocultó á Jacobo que su modo de sentir lo inclinaba á la rama protestante, y que á no haber sido el respeto que guardaba á la memoria de la difunta reina, su señora, ninguna fuerza humana le habría hecho abrazar la causa de un partido que le era antipático.

— Vaya Vuestra Majestad á Escocia — dijo Bo-

lingbroke á Jacobo; — allí lo esperan y desean sus fieles súbditos. El día que Vuestra Majestad necesite de mí, puede contar conmigo, con tal que á Vuestra Majestad lo justifique el triunfo. Estoy inquebrantablemente decidido á no dar que reír á Europa, y á no dar ningún golpe en vago. Perdoneme Vuestra Majestad mi franqueza; ya no soy cortesano de nadie; disgustadísimo de la política, he perdido toda esperanza, y sólo alimento recuerdos; á ellos obedezco en este instante, y esto Vuestra Majestad no lo ignora.

Aquella misma tarde el rey de Inglaterra salió para la Bretaña por el camino de Orleáns, en la silla de posta del señor de Torcy.

Lor Stair echaba fuego por los ojos, y quería á toda costa librar á su señor de un enemigo legítimo y temible. No dándose por vencido, y nada escrupuloso en la elección de los medios, se fijó en un coronel llamado Douglas, especie de pendeñero y matón sin blanca que había mandado un regimiento irlandés al servicio de Francia, y envió por él y le prometió el oro y el moro, lo excitó contándole qué sé yo qué respecto del rey Jacobo, y lo decidió á empuñar *la espada de Dios* para librar á Inglaterra de aquel papista, de aquel impío que se proponía esclavizarla.

Douglas se asoció dos hombres de su antiguo regimiento, con los cuales podía contar, y, seguro de la impunidad y de la recompensa, salió para emboscarse en el camino que había de recorrer el desterrado.

Al llegar á Nonancourt, aldehuela situada junto al camino real, Douglas se apeó de su caballo, se hizo servir de comer, y preguntó á la dueña de la posta si había visto pasar un coche así y así.

— No — contestó la interpelada.

— No puede ser — replicó Douglas; — á la fuerza ha de haber pasado.

— Repito que no — dijo la buena mujer.

— Quiere V. engañarme; pero ¡váyase V. con mucho tiento, porque mi venganza será terrible, y se arrepentirá V.

Y Douglas vomitó pestes y reniegos en inglés y amenazó á cuantos estaban por el regente y por el embajador de Inglaterra.

La señora Lhopital, que así se llamaba la dueña de la posta, no se acobardó; pero escuchó más atentamente.

En esto llegó á escape un jinete, y dijo al oído del coronel algo que puso á éste aún más furioso.

— ¡Hay que dar con él! ¡lo exijo! — bramó Douglas. — Va en ello mi fortuna, y esta vez no me la arrebatarán de las manos.

Estas imprudentes palabras confirmaron las sospechas de la buena mujer, que, fingiendo ocuparse en otra cosa, estaba ojo avizor y oyó algunas frases de la conversación que el coronel y el recién llegado sostenían y que la confirmaron en la creencia de que no se engañaba.

La dueña de la posta, que tenía ausente á su marido, llamó aparte á uno de sus mozos de cuadra, fiel é inteligente, y le dijo, de modo que sólo él podía oírlo:

— Esos hombres meditan una mala acción contra el pobre príncipe desterrado, á quien el regente abandona, con ser primo suyo. Según parece, el príncipe va á pasar por aquí, y esos canallas se proponen asesinarlo. Haz puntualmente lo que voy á decirte, y quizá lo salvaremos: el diablo no puede ser eternamente más fuerte que la gente de bien.

La dueña de la posta explicó claramente al mozo el plan por ella concebido, recomendándole que lo

siguiese rigurosamente; luego tornó adonde sus huéspedes, y, con ademán atento, se puso á su disposición en cuanto pudiese serles útil.

— Bueno — profirió el coronel, — en este caso prométame V. que al llegar la silla de posta que espero, retardará V. lo más posible la entrega de los caballos para el relevo.

— Lo haré. ¿Qué más?

— Cuando llegue la silla de posta, aviseme V.

— ¿Dónde? ¿Aquí?

— No... aquí no... Pero... no me avise V., es inútil; basta que la detenga V. cuanto pueda. Prefiero dejar aquí á dos de los míos; ya cuidarán ellos de avisarme.

El coronel pagó generosamente el gasto, y, llevándose consigo á su confidente más íntimo, dejó á los demás á la posada, ordenándoles en voz baja que, tan pronto viesen la silla de posta, á uña de caballo fuesen á avisarlo en un lugar que les designó.

A la posadera le dió esto mucho que pensar; pero no se desanimó, al contrario, se mostró todavía más solícita para con los asesinos, no obstante el horror que le inspiraban, y les incitó á beber, esperando deshacerse de ellos emborrachándolos; pero aquéllos no aceptaron. El último que había llegado, muerto de fatiga, limitóse á beber un trago de vino, y, para descansar, se tendió en un banco de madera colocado á la puerta.

— Está V. ahí muy incómodo — le dijo la posadera; — la silla de posta puede tardar mucho tiempo. ¿Por qué no se va V. arriba á descansar un poco en la cama? En ella dormiría V. con todo sosiego. El criado de V. y yo estamos aquí, y lo avisaríamos á V. Nada tema V.

Al principio se resistió el individuo aquel, después

titubeó, y por fin, vencido por el sueño, cedió, y dijo á su criado:

— No te apartes del umbral; te va en ello la vida; y luego á luego que divises la silla de posta, sube y despiértame, ¿oyes? donde no, te mato á palos.

El criado ofreció cumplir, y su amo, tranquilizado por esta promesa, siguió á la posadera á un aposento situado en la parte de atrás de la casa, donde le dió una buena cama, y en el cual, para mayor seguridad, lo encerró silenciosamente. Hecho esto; la señora L'hospital se trasladó presurosa á casa de una su amiga en quien fiaba tanto como en sí misma, la hizo sabedora de sus sospechas y de sus temores, y le rogó que acogiese en su domicilio al viajero que ella le conduciría. Luego añadió:

— Como vive V. en una calle apartada, haciéndolo salir por la puerta trasera, nadie le verá. Si en mi casa puedo conseguir lo que me propongo, lo salvaremos.

La vecina accedió á todo.

Puestas ya de acuerdo la posadera y su amiga, ambas enviaron por un sacerdote y le confiaron lo que pasaba en Nonancourt, y como el rey de Inglaterra era católico, esto redobló el celo del buen cura; el cual dió su sotana, su peluca, en una palabra, su traje entero para que con él se disfrazase el príncipe. Después la posadera regresó á su casa para dar remate á lo más difícil de la comedia.

La señora L'hospital halló al criado que se aburría de lo lindo y al que la impaciencia arrancaba una retahíla de pestes.

— ¡Bah! — dijo la posadera al criado, — eche V. un trago en compañía de mi postillón, y el tiempo pasará volando.

— Me lo han prohibido — replicó el criado.

— ¿Por ventura lo sabrán? — arguyó la posadera.

dera. — Mientras V. beba, estaré alerta, y tan luego llegue el de la silla de posta, lo avisaré á V.

Una botella de vino añejo sacada de entre los fagotes, acabó por seducir al criado.

El postillón, que halló por demás agradable el papel que le confiaban, ayudó grandemente con su ejemplo; pero hubo de reprimirse á expensas de su contrincante, que á la tercera botella rodó bajo la mesa, con gran satisfacción de la posadera, la cual, desde entonces dueña del terreno, se puso al acecho en la puerta de la calle.

La señora Lhopital, al ver que la silla de posta no llegaba, era pábulo de mortal zozobra, pues de haberse despertado el jinete que estaba arriba, le hubiera indudablemente hecho un mal tercio.

El que dormía abajo se meneó, y la posadera, al notarlo, sintió tal miedo, que en nada estuvo como no dió voces de socorro. Felizmente el borracho volvió á cerrar los ojos y se quedó inmóvil.

En esto pareció la silla de posta.

### XXXIV

La señora Lhopital se disparó al encuentro del coche y le hizo tomar por la desviada calle de que he hablado más arriba y que llevaba á casa de su amiga, sin contestar á las preguntas que le dirigían, y sin dar explicación alguna. Sólo dijo:

— Vénganse Vds. conmigo; luego hablaremos.

Entrado que hubo la silla de posta en casa de la amiga de la posadera, ésta se derribó de rodillas á los pies del rey de Inglaterra, y, llorando, exclamó:

— Sire, he conocido á Vuestra Majestad en sus

retratos; además, ya yo tenía barruntos. Tenga Vuestra Majestad confianza en mí, y déjame hacer; de lo contrario, caerá Vuestra Majestad en una emboscada. Ignoro cuántos son ellos, pero jurara que quieren atentar contra la vida de Vuestra Majestad.

El rey levantó á la posadera, prestó oído atento á lo que ésta le decía, le dió efusivamente las gracias, y le prometió confiarse á ella; luego se disfrazó de sacerdote, se instaló en la posada, donde nadie sospechaba su presencia, y esperó.

Entretanto, la señora Lhopital fué á dar aviso á la justicia y á reclamar su auxilio para que prendiese al jinete dormido y al criado beodo, lo cual no fué tan fácil como eso, pues el jinete resistió, alegando su nacionalidad inglesa, diciendo que estaba á las órdenes del embajador, y que en su persona se violaba el derecho de gentes.

— Pruebe V. lo que dice, y sin más quedará V. libre — le dijo el jefe de policía.

— No puedo probarlo materialmente — contestó el jinete; — pero mi jefe, el coronel Douglas, le dará á V. cuantas explicaciones sean necesarias.

— ¿Dónde está el coronel?

— No lo sé; se nos ha anticipado en el camino.

— ¿Para qué?

— Lo ignoro; no nos ha puesto al corriente de sus planes.

La discusión fué larga, y las dificultades crecieron de punto; pero por fin y á pesar de todo, los redujeron á prisión. Douglas recorrió como un desesperado, durante ocho días, los caminos de los alrededores, pero se fatigó en vano. El príncipe pasó tres días, disfrazado de cura, en Nonancourt, en casa de la amiga de la posadera, y después continuó su camino. El rey Jacobo, gracias á haber el señor de Torcy velado por él y hecho abortar todas las em-

boscadas, llegó felizmente á Bretaña y se embarcó para Escocia, donde le pasó lo que todos sabemos.

Douglas regresó á París, y con insolencia inaudita se quejó públicamente de la violación del derecho de gentes; lor Stair lamentóse también de lo mismo, y el regente lo llamó á su presencia y le cerró la boca explicándole por menudo lo ocurrido y conminándole á que no volviese á hablar del asunto.

En cuanto á la señora Lhopital, la reina de Inglaterra la llamó á San Germán, la colmó de caricias y le regaló su retrato, pero no pasó de aquí, lo que se explica, dada la pobreza de aquella corte. La buena señora Lhopital murió dueña de la posta de Nonancourt, después de haber salvado la vida de un rey. Cierta día dije al regente que tenía que haberla recompensado, pues lo había librado de una gran vergüenza y de una mancha indeleble echada sobre su nombre, y me contestó que eso no le tocaba, y que nunca se metía en asuntos de aquel género. Siempre tenía el duque aparejadas contestaciones por el estilo, cuando no quería dar otras.

Bolingbroke, al enterarse de aquella escapatoria, se enfrió para con el elector de Hanóver; y es que su corazón y su alma no concebían el asesinato. Sin embargo, dudó del buen éxito, y el tiempo le dió la razón.

La señora de Villette se había llevado consigo á Bolingbroke á su fundo de Marcilly, enclavado en las cercanías de Nogent del Sena, so pretexto de pedirle su parecer acerca de ciertas obras que por su orden allí se levantaban.

Bolingbroke esperaba en Marcilly, con impaciencia suma, nuevas que á él le parecían tardar mucho y que llegaron demasiado pronto: todo estaba perdido.

—Ea — exclamó Bolingbroke dando un suspiro, — se acabaron los Estuardos.

Milor se trasladó á los baños de Aquisgram para desviar de él la atención y hacerse pasar por indiferente, y á poco circuló el rumor de haberse allí casado con la señora de Villette, y de que ésta se había hecho protestante. Entiendo que fué el mismo Bolingbroke quien ideó esta nueva forma de ocuparse en él, para que no pensasen en otra, pues todo era mentira, como así me lo ha afirmado repetidas veces el padre Alary, que no se separaba de ellos.

Los amantes decidieron no instalarse en Marcilly, porque Saint-Jean quería vivir en su casa y no en la de su querida, y tras mucha diligencia, determinóse aquél á comprar *La Source*, en las cercanías de Orleáns, de la que hizo una mansión de hadas, y en la cual se agenció una existencia más envidiable que sus pasados honores. Así pasaba Saint-Jean, en aquel retiro, los años entre los placeres, el estudio, las artes y una sociedad deliciosa concienzudamente escogida por él, y de la que ha conservado gratisimo recuerdo. He aquí lo que respecto de *La Source* me escribía Voltaire, que estuvo allí antes que yo, para despertar mis deseos de ir yo también:

«Este retiro es el lugar más delicioso del mundo. Situado al mediodía de Orleáns, no una legua de esta ciudad, no es más ancho que el *Loiret*, río navegable, en barca, desde sus manantiales. La orilla frontera de la ciudad forma una como azotea engalanada con un hermoso viñedo y gran número de lindísimas casas. En la opuesta margen empieza una amplia y risueña pradera que se extiende hasta el Loira. Cada viña tiene su casa de campo. Orleáns, sentada casi en mitad de la vertiente, junto al Loira y en forma de anfiteatro, cierra el horizonte. Al extremo de aquella maravillosa azotea es donde, y en

una casa cómoda y alegre, se ha instalado el voluptuoso ministro, y expresamente digo voluptuoso, porque, como V. sabe, esta fué su culpa capital á los ojos de la comisión que lo desterró. El manantial del Loiret brota en los jardines y forma un estanque de veinte ó veinticinco pies cuadrados de superficie, del que arranca el río. Bolingbroke ha transformado la casa en una especie de palacio, y ha embellecido grandemente los jardines. Lo bien que trata á cuantos lo visitan en su retiro, su afabilidad, su talento y su finura, atraen á los nobles de la vecindad, y á V. han de atraerla más todavía, siendo como es V. deseada aquí. No hablo de la señora de Villette, porque tiene la bondad de admirar demasiado mis obras para que me atreva á hablar de ella: con ser justo, me tacharían de parcial.»

Por aquel tiempo, lor Bolingbroke envió á la señora de Villette á Inglaterra para negociar su repatriación. No obstante los atractivos de *La Source*, aquél pensaba incesantemente en su patria, y ansiaba volver á ella.

Ladi Bolingbroke — pues desde entonces la señora de Villette tomó este título — llevó á cabo con felicísimo éxito sus negociaciones con los ingleses, y no dejó de ser la amiga de Saint-Jean, lo cual nadie habría sospechado. Walpole, que la odiaba con toda su alma y que transmitió su odio á su hijo, era su único antagonista. ¡Válgame Dios! ¡cuántas maldiciones lanzará el hijo contra mí cuando lea mis Memorias! Sin embargo, las mujeres estaban firmemente decididas, y habiéndose la duquesa de Kendal, querida del rey, declarado á favor de Bolingbroke mediante una gruesa cantidad de dinero, el lor obtuvo su perdón y volvió á Inglaterra, sucediéndole lo que no podía menos de sucederle, esto

es, que no tardó en aburrirse al ver que allí no era ya más que un don nadie.

Tornó á Francia Bolingbroke, y envió de nuevo á conferenciar á su mujer, que venció todos los obstáculos, y volvió con los honores de la guerra, quiero decir, el título de aquél y cuarenta mil escudos de renta. Con todo eso, á Bolingbroke no le permitieron tomar asiento en la cámara alta, lo que, como es de suponer, no perdonó aquél á Walpole.

Bolingbroke se rodeó de hombres ilustrados y de todas las lumbreras de Inglaterra, tales como Newton, Swift y Pope; colaboró en las gacetas, é hizo hablar de él por manera muy distinta que en lo pasado. Más, defendió á Roberto Walpole de una acusación injusta, y se mostró leal y generoso, lo cual no fué óbice para que cierto día en que el ministro fué enérgicamente acusado en la cámara baja, y convicto de todos sus vicios, pronunciase estas célebres palabras:

— El ministro ha oído hoy el fallo de la posteridad...

La frase circuló de boca en boca y valió á su autor una orden secreta del rey conminándole á que se volviese á Francia, donde lo dejaron por espacio de siete años, durante los cuales le enviaron sus rentas, acompañadas de una prohibición casi absoluta de escribir á sus amigos. Bolingbroke alquiló el castillo de Chanteloup, donde algunos años después encontraremos otro ministro desterrado, el duque de Choiseul, y allí permaneció hasta la caída del ministro Walpole, que lo llamó á Inglaterra, donde vió morir á Pope, su mejor amigo, y donde se metió en intrigas literarias que, á falta de otra cosa, lo ocuparon durante algunos años, años que fueron los de un oráculo á quien los estadistas y los literatos consultaban á porfía. La marquesa de Villette mu-

rió tan sólo veinte meses antes que Bolingbroke; el cual la lloró amargamente día tras día, sin que sus amigos consiguiesen consolarlo. Víctima á la vez de horrorosa dolencia, de un cáncer facial, mostró una paciencia y un estoicismo admirables en un hombre de su edad, pues frisaba con los ochenta.

Bolingbroke dejó sendos recuerdos á todos sus amigos, entre ellos al marqués de Matignón. Para él y el conde de Gacé, su hijo, era un magnífico diamante regalo de la reina Ana, y que él llevaba siempre al dedo. Matignón y su hijo se le mostraron agradecidos, defendiendo su memoria contra todos sus enemigos.

A mí me legó Bolingbroke un libro de memorias preciosísimo, que todavía lo conservo, en el cual había escrito él algunos versos y hecho escribir también á varios ingenios sus amigos. Lo conservaré toda mi vida, y en mi testamento lo lego al señor de Walpole. Es una malicia póstuma.

### XXXV

Opino que unas memorias sobre un tiempo determinado son las memorias de todos, la historia completa del período que ellas abarcan y la de los que en él sobresalieron, así como la de los usos y costumbres de aquel período de tiempo, imposible de ser claramente conocido de otra manera. Refiero, pues, no sólo cuanto personalmente me toca, pero también cuanto concierne á mis amigos, enemigos, conocidos y á cuantos he encontrado. Prometí dar á conocer las vidas de los que figuraron en mi primera comida en casa de la señora de Feriol, y en

cumplimiento de esta promesa, voy á hablar de la embelesadora señorita de Aissé, á quien tanto quise y á la que tanto he llorado, y que fué una heroína mucho más digna de compasión y más amable que la Eloísa de Rousseau y todas las heroínas imaginables. De hermosura, bondad y atractivo sin par, ninguna mujer fué amada como ella, y por un hombre más meritorio. ¡Oh querida Aissé! ¡qué dicha hablar de ella, pintarla y ensalzarla! Me parecerá verla todavía, á mí que ya nada he de ver en este mundo, donde he visto desaparecer tanto bueno!

He dicho Aissé, ¿verdad que sí? Mi joven secretario dice que no; pero no le hago caso, ¡es tan atolondrado!

— Señora marquesa — exclama aquél, — precisamente el señor Walpole escribió á V. ayer lo mismo, y, á la edad de V., esto no está permitido, mientras que á la mía...

No sé lo que mi secretario está garrapateando; pero su pluma chilla, y eso que nada le he dicho; alguna picardía será. Pero vuelvo á la señorita Aissé y á su origen.

Era, la tal, una esclava circasiana comprada en Constantinopla por el señor de Feriol durante su embajada. Tenía aquella, á la sazón, cuatro años, y el señor de Feriol, á quien interesó el llanto y la hermosura de la niña, la adquirió por un precio, según parece, exorbitante, mil quinientas libras; y en verdad las valía, y más. El plan del señor de Feriol, que no pecaba de recatado, sino de muy libertino, era convertirla en querida suya más adelante, y la hizo instruir á este fin. Luego se la llevó consigo á París, la puso en casa de la señora de Feriol, su cuñada, y allí la dejó al regresar á Turquía. Fué, pues, la señorita Aissé educada en aquella casa con Pont-de-Veyle y Argental, de quienes cuidaba muy poco

su madre, la señora de Feriol, mujer que daba oídos á varios galanes, y con preferencia á uno á quien halagaba grandemente, pues necesitaba de él para ella y para los suyos; era el mariscal Uxelles. Ambos hicieron vida común largo tiempo, sin amarse, únicamente para ahorrarse los gastos de un rompimiento, como pasa en más de cuatro ilícitas uniones que vemos prolongarse.

Los niños, quiero decir Pont-de-Veyle, Argental y Aissé, educáronse bajo la dirección de gente extraña; pero es indudable que más provechosamente que si la señora de Feriol hubiese intervenido. A Aissé la pusieron en el convento de las Nuevas Católicas, con gran disgusto de ella, pues quería con ternura á sus jóvenes compañeros, de los que se separó con pesar profundo. Por lo demás, Aissé pasó poco tiempo en el convento, y terminó su educación en la sociedad.

Era Aissé tan hermosa cuando la conocí, que rayaba en la perfección.

Por este tiempo, el señor de Feriol regresó de su embajada y se domicilió en Francia. Con frecuencia hanse preguntado á sí mismos los que más lo conocían, si había aquél reivindicado sus derechos sobre su esclava y si para ésta había sido otra cosa que un padre; pero yo puedo decir en alta voz que Aissé se conservó pura de toda mancha de este género, pues no sólo no habría ella consentido, más tampoco el señor de Feriol le hubiera pedido nada, respetándola, como la respetaba, lo mismo que si hubiese sido hija suya, y conociendo, como conocía, su invulnerable virtud y la firmeza de los principios que recibido había. Por otra parte ¿de qué seducciones hubiera podido valerse para con una criatura como aquella un hombre de sesenta años? Ninguno de los que frecuentaban su amistad alimentó

la más leve duda respecto de este punto; todos estábamos igualmente convencidos de la inocencia de Aissé. Andando el tiempo fué cuando cierto afamado filósofo, en un arranque de mal humor, echó un borrón sobre la memoria de aquel ángel de pureza. Tal calumnia me ha sacado siempre de quicio, y la he echado con todas mis fuerzas en rostro á los calumniadores.

Ver y querer efusivamente á Aissé, fué en mí todo uno; y ella me correspondió, y fuimos amigas desde el punto en que nos vimos.

Aissé vino á mi casa, yo fui á la suya, y luego la encontraba en la de la señora de Feriol, en la de la señora de Parabere, á la que concurría á menudo, y en la del embajador, cuando éste se hubo domiciliado en París y ella le hacía más llevaderos los últimos años de su existencia.

Huelga añadir que Aissé tenía tantos adoradores como conocidos. Despreció diez partidos y muchos más corazones libres, y esto sin esfuerzo, sin hacer alarde de virtud, sólo porque quería conservarse entera y temía sucumbir.

Cierto día donde, en casa de la señora de Parabere, ésta, ella y yo estábamos reunidas, Aissé encontró al regente, que, deslumbrado por tanta hermosura, no se movió mientras ella permaneció allí, olvidando, para verla, no sólo el consejo, que para él era poco, pero también sus compañeros de escándalo y no sé qué orgía donde lo esperaban. El regente se volvió loco por Aissé, pero con una de esas pasiones frenéticas que, sobre todo cuando no se satisfacen, rompen por todo.

El regente hizo todo lo imaginable por ver á Aissé doquiera ésta iba; le escribió cartas ardientes, le ofreció tesoros, títulos, honores, un fundo, cuanto ella quisiese; á todo se negó Aissé, primero cortés-



mente, y luego con firmeza, lo que exasperó al duque, que entonces solicitó el concurso de la señora de Feriol. Esta, poco escrupulosa, persiguió á la joven; pero nada consiguió, lo cual en aquel tiempo era un fenómeno extraordinario.

— No — replicaba constantemente Aissé, — no podría amar á un hombre á quien no estimo; por otra parte, el príncipe es demasiado superior á mí, y como yo no quería un amante fuera de su centro, pues el príncipe tendría que descender, y, sobre todo, como ya he dicho, no le amo, no me hablen más de él,

Con todo eso, hablaron del regente á Aissé, y la irritaron hasta tal extremo, que escribió una carta, por cierto notabilísima, al regente, solicitando su protección contra él mismo, y añadiendo que, de no concedérsela, como únicamente Dios era poderoso á defenderla, se encerraría en un convento.

El duque de Orleans comprendió la imposibilidad, y no insistió; para él fué un dolor y una humillación su descalabro.

En esto murió el embajador, que además de haber, largo tiempo hacía, asegurado una renta de cuatro mil libras á Aissé, en premio á sus cuidados, le dejó un documento por el cual sus herederos tenían que pagar á aquélla una importante cantidad de dinero. La señora de Feriol tomó muy á mal el legado, y así lo manifestó en presencia de Aissé, la cual, sin decir palabra, se levantó con gran dignidad y arrojó el documento al fuego. Nunca jamás volvió á hablarse de ello.

Aissé se encontró, pues, á discreción de los Feriol, que la querían, los jóvenes, sobre todo, y no se preocupó con nada. Verdad es que á la sazón tenía otra cosa en qué pensar.

## XXXVI

Un día en que la señora de Parabere y yo nos encontrábamos en casa de la duquesa de Berry, y aguardábamos á ésta en uno de sus gabinetes, se abrió la puerta y entró el conde de Riom, seguido de un jovencito muy chiquitín y muy guapo, de ojos admirables, piel blanca y mate como la de una doncella, y cuerpo el más elegante que se puede imaginar.

— El caballero de Aydé, noble del Perigord, y primo mío — nos dijo el de Riom presentándonos el joven, el cual, riéndose, agregó:

— Clérigo tonsurado de la diócesis de Perigueux y caballero no profeso de la orden de San Juan de Jerusalén.

Aquel joven, aunque recién llegado de provincias, nos cautivó con su donaire, como así no pudo menos de manifestárselo la señora de Parabere al conde.

— ¡Ah! — contestó Riom, — está en buenas manos: su tío el marqués de Sainte-Aulaire es quien lo forma; le ha enseñado él en ocho días más que yo en seis meses. La señora duquesa del Maine tiene imponderable acierto en escoger a sus amigos.

El señor de Sainte-Aulaire era efectivamente un anciano amabilísimo, grande amigo de la señora del Maine, que lo admitía en cuantas fiestas daba en Sceaux y en sus tertulias más íntimas. Para ella improvisó el tal marqués los siguientes *jamosos* versos, que le abrieron las puertas de la Academia:

No sería, no, mi musa  
la diosa que se recrea  
en pedirme mi secreto,  
de ser yo Apolo, lo fuera  
Tetis, y entonces quedara  
envuelto aquél en tinieblas.